

Personalismo Político en Venezuela Contemporánea

Luis Alberto Buttó
Doctor en Historia
Universidad Simón Bolívar, Caracas-Venezuela
lmontes@usb.ve

RESUMEN

El personalismo político ha sido una constante histórica en el derrotero venezolano transcurrido durante la segunda mitad del siglo XX. De hecho, llegó a constituirse en uno de los rasgos por excelencia definitorio del modelo democrático liberal representativo. En este ensayo, se aborda el estudio analítico de dicho fenómeno, haciendo énfasis en los rasgos generales de su evolución con miras a la prosecución de dos objetivos. En primer lugar, desentrañar el génesis de los mecanismos a través de los cuales el personalismo político se insertó y opera en el tejido sociopolítico venezolano contemporáneo. En segunda instancia, aportar elementos metodológicos y/o conceptuales que propicien la comprensión del funcionamiento de la estructura política vigente en la actualidad venezolana, en tanto y cuanto en ella se expresa el precitado fenómeno.

Palabras claves: Venezuela contemporánea / Personalismo Político / Democracia.

ABSTRACT

The political personalism has been a historical constant in the Venezuelan road map after the second half of the twentieth century. In fact, he came to become one of the defining traits of the quintessential liberal representative democratic model. This essay addresses the analytical study of this phenomenon, emphasizing the general features of its evolution towards the pursuit of two goals. First, unravel the genesis of the mechanisms through which political personalism operates inserted in Venezuelan contemporary socio-political structure. Secondly, to provide methodological and / or foster conceptual understanding of how the political structure currently in force in Venezuela, as long as it expresses the aforementioned phenomenon.

Keywords: Contemporary Venezuela / Political Personalism / Democracy

I. *Introito.*

Soy tan, pero tan culto, que ahora quisiera
la mejor cultura para mi pueblo:
la cultura al culto de mi personalidad.¹

El caudillismo como fenómeno político predominante se extinguió en Venezuela a principios del siglo XX, como resultado de las transformaciones socioeconómicas impulsadas por la entronización de la era petrolera. Empero, elementos centrales

¹ Claudio Naza (2009, junio 7). "El más culto". *El Nacional*, Caracas, p. 8 (cuerpo siete días).

constituyentes de dicho fenómeno, como el personalismo político (también denominado personalización del poder político), perduran en la actualidad con las variaciones correspondientes y, en buena medida, condicionan la manera de concebir y hacer política en la sociedad venezolana y definen el derrotero de las múltiples relaciones establecidas entre las facciones políticas en control de las maquinarias estatal y gubernamental y el colectivo nacional; vale decir, el pueblo considerado genéricamente en su diferenciación establecida con el concepto multitud, a partir de la explicación aportada en este sentido por Michael Hardt y Antonio Negri:

los hombres no distinguen bien a los pueblos de la multitud. El pueblo es uno, poseyendo una voluntad, y a quien se le puede atribuir una acción; nada de esto puede decirse propiamente de la multitud (...) La multitud es una multiplicidad, un plano de singularidades, un juego abierto de relaciones, que no es homogéneo o idéntico a sí mismo y sostiene una relación indistinta, inclusiva, con aquellos que están fuera de ella. El pueblo, en contraste, tiende a homogeneizarse e identificarse internamente mientras sostiene sus diferencias con aquello que permanece fuera de él, excluyéndolo. Mientras la multitud es una relación constituyente inconclusa, el pueblo es una síntesis constituida que ya está preparada para la soberanía².

Con base en las anteriores consideraciones, cabe la presunción de reconocer en el personalismo político una evidente constante histórica, independientemente de las particulares mutaciones que el fenómeno ha experimentado desde sus manifestaciones decimonónicas hasta los días que corren. El objetivo central del presente ensayo es mostrar a grandes rasgos cómo opera el personalismo político en Venezuela contemporánea y cómo su persistencia dificulta significativamente la plena consolidación del sistema democrático liberal representativo. En aras de ubicar contextualmente el planteo, se presentarán, *grosso modo*, ciertas pinceladas históricas de la evolución sufrida por el fenómeno desde el tiempo fundacional de la república independiente.

II. *Basamento histórico del personalismo político en Venezuela.*

El caudillismo representó el fenómeno político de mayor trascendencia en el siglo XIX venezolano. Si bien la afirmación pudiera sonar excesivamente contundente en el marco de ciertas interpretaciones del pasado nacional, el cúmulo de datos

² Michael Hardt y Antonio Negri (2000). *Imperio*. [Documento en línea] Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/686419/IMPERIO-Michael-Hardt-Antonio-Negri> [Consulta: 2010, mayo 30]. p. 93.

relacionados presentados al respecto en la historiografía vernácula y/o foránea soporta su veracidad. En este sentido, la crónica política venezolana del período comprendido entre el nacimiento de la república autónoma y el establecimiento de la dictadura encabezada por Juan Vicente Gómez, demostró que dicho fenómeno constituyó la base fundamental de los regímenes gubernamentales instaurados durante este lapso. La comprensión conceptual del caudillismo se puede intentar individualizando los elementos primordiales del proceso que, en acción mancomunada, propiciaron su aparición y resumieron su manifestación en suelo patrio. De estos, uno de los más importantes es la variable personalismo político, sintetizada en la propia actuación de los involucrados.

De manera un tanto tautológica, puede definirse caudillismo como la actividad política desarrollada por los caudillos al momento de representar el papel de actores primordiales del sistema político imperante en un determinado país.³ Sistema político donde los caudillos se comportaron (y efectivamente fueron) como jefes absolutos del régimen constituido, independientemente de la escala de extensión de éste; léase, regímenes locales, regionales o nacionales. A escala nacional, la supremacía de determinado caudillo resultó de la agregación de acuerdos entre caudillos locales y regionales, autoridades supremas *de facto* en los respectivos "feudos" particulares. En concreto, cada cierto tiempo, el reparto formal o informal de cuotas de poder pactado entre jerarcas menores permitió la coyuntura histórica de cierto mandamás a la cabeza del país.

Por encima de cualesquiera otras consideraciones, los caudillos fueron jefes guerreros cuya base de poder real se sustentó en el violento accionar de grupos armados bajo su control, movilizados de tanto en tanto como mecanismo de conquista, ocupación y mantenimiento de espacios políticos. Salvando la exageración conceptual implícita en la analogía, estos grupos armados hicieron las veces de ejércitos particulares de cada caudillo. La organización de las mesnadas requeridas fue posible dada la existencia de relaciones patrón-clientela establecidas entre un propietario agrario y los trabajadores cuasi feudales o asalariados vinculados a las posesiones de aquél.

³ Ver, al respecto: Domingo Irwin (1996). *Relaciones Civiles-Militares en Venezuela: 1830-1910 (Una visión general)*. Caracas: ediciones del autor.

Con base en el establecimiento de la fórmula ganar-ganar, no del todo equitativa pero siempre beneficiosa para ambos factores de la ecuación, en el seno de esta mano de obra cautiva, en algunos casos de manera forzosa y en otros no, levaban los caudillos a los combatientes que alimentaban las guerras intestinas acicateadas y comandadas por ellos. Y digo no equitativa pero sí beneficiosa, porque, a la larga, cada grupo social comprometido en la acción, terminaba recibiendo su parte del botín ganado en los enfrentamientos.

Verbigracia, al lado más débil, obviamente representado por la masa campesina, se le adjudicaban tierras, dinero o similares, lo cual, o reivindicaba pretéritas aspiraciones sistemáticamente negadas incluso desde la guerra de liberación librada contra la metrópoli española, o calmaba insanos apetitos presentes en las individualidades involucradas. En el extremo más poderoso, el caudillo ganaba, mantenía o incrementaba su poder político y sus propiedades. Sin la debida armonía en la aplicación de la fórmula anterior, el caudillaje no habría tenido el vigor que fundamentó su vigencia por casi 100 años.⁴

El ejercicio del poder político por parte de los caudillos estuvo impregnado de una elevada cuota de personalismo en la gestión. Más allá del *corpus iuris* vigente en el país, desagregado de cada Constitución introducida (algunas de ellas de avanzada, si se piensa en el tiempo histórico y/o se establecen comparaciones con otras realidades nacionales de la época), en la praxis cotidiana, la verdadera ley vigente no fue otra sino la satisfacción y ejecución, casi sin cortapisas, de los deseos, concepciones y proyectos de los caudillos. En ellos se encarnó toda expresión real de lo que podría considerarse las maquinarias operativas del Estado y del gobierno, más allá de que en la práctica concreta ambas no pasasen de ser meras entelequias en el sentido irónico del vocablo. Por consiguiente, la muy particular acción de los caudillos representó la expresión política por excelencia.

Obviamente, en tales condiciones de absoluta precariedad institucional, resultaron infructuosos los diversos intentos de sistematizar el manejo de la *res pública*, propuestos al calor del debate escenificado por lúcidas mentes del momento que

⁴ Para una mayor comprensión de la categoría de análisis relaciones patrón-clientela y su desenvolvimiento en la historia contemporánea de Venezuela; véase: Luis Alberto Buttó (2007). "El Impacto de las Relaciones Patrón-Clientela en la Estructura Política Venezolana". *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos*. París: L'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales [Documento en línea] Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/3277> [Consulta: 2010, junio 4].

alertaron sobre la inconveniencia del malicioso proceder de los caudillos. En consecuencia, se produjo un aberrante mimetismo del tesoro nacional con las arcas privadas de los "caciques" de turno y la posibilidad de establecer organismos y/o mecanismos de gobierno, cuando menos medianamente viables, no pasó de ser una aspiración permanentemente postergada. A su vez, no pudo estructurarse contrapartida eficaz en los sectores colocados en la acera frontal al poder, pues la sociedad civil no encontró terreno fértil para su organización como tal.

Huelga decir: reinó por doquier la inestabilidad política, pues cada cierto tiempo bastó nomás el desacuerdo del caudillo con mayor fuerza acumulada para deshacer los pactos de gobernabilidad y, cabalgando sobre el malestar acumulado de las masas, conscientemente exacerbado por la prédica de quienes necesitaban recurrir a la violencia como método para dirimir la contienda política, los fraticidas conflictos internos se sucedieron con regularidad por demás pasmosa. Por ello, podrá parecer una *boutade* de parte de quien esto escribe, pero no es impertinente plantear que el estímulo y canalización de la violencia, dado el interés particular de los caudillos, se erigió en el más productivo instrumento de control social desarrollado durante esos años. Literalmente, la vorágine desatada acortó el tiempo, el espacio y los recursos humanos y materiales imprescindibles para el normal desenvolvimiento de la economía del país, pintando como resultado un cuadro alarmantemente ruinoso.

Sin embargo, en aras de la exactitud histórica, es menester reconocer que en Venezuela, entre 1830 y 1848, si bien el fenómeno del caudillismo estuvo claramente presente, hubo de competir con el esfuerzo de representantes de la élite ilustrada por moderar sus alcances e impulsar la configuración de un sistema económico y político concebido en consonancia con las doctrinas liberales conocidas para la época. Fracasado el experimento, el caudillismo se entronizó desde el segundo lustro de los años cuarenta del siglo XIX hasta el primer decenio del siglo XX. En las postrimerías de la centuria decimonovena, caudillos oriundos de la región andina, para el momento la más próspera del país en materia económica, a la cabeza de la llamada Revolución Liberal Restauradora, asaltaron el poder central. Precisamente, uno de ellos, Juan Vicente Gómez, desplazó en 1908 de la jefatura del gobierno a Cipriano Castro, el otro líder del movimiento, e inició un proceso de transformaciones económicas y políticas que, en la práctica, condujo a la desaparición del caudillismo.

Simplificando la explicación al extremo, puede decirse que Gómez logró cavar la sepultura del caudillaje, en tanto y cuanto su feroz y dictatorial mandato coincidió con el comienzo de la explotación del petróleo. Así las cosas, los cuantiosos recursos obtenidos con la renta de los yacimientos le permitieron, entre otras acciones, unificar de manera eficaz al país mediante la creación de la red de carreteras estatales y organizar a la fuerza armada nacional, factores ciertamente inhibitorios del accionar de los caudillos. La posibilidad de operar de las bandas armadas como sustento político de los caudillos fue anulada por la capacidad de respuesta de la institución castrense dada por su mayor poder de fuego, presencia territorial y posibilidad de movilización, variable ésta en el cual las carreteras recientemente construidas jugaron papel primordial.

A partir de entonces, todo intento de conformar "ejércitos" particulares se estrelló irremediamente contra la presencia del gran ejército de la república, reservado su comando en las manos de Gómez. Por otro lado, y no con menos importancia, coadyuvó en la desaparición del caudillaje el hecho de que la agricultura fuese desplazada de su sitio de honor en la estructura económica. Al migrar la mano de obra hacia actividades más rentables en términos estrictamente personales (la industria petrolera, por ejemplo) se debilitó el poder de los propietarios agrarios para reclutar los integrantes de las huestes que al accionar violentamente les catapultaban a la conquista del poder político local, regional o nacional. La larga tiranía de Gómez no fue, por consiguiente, resulta de pactos de caudillos entre sí, sino la eficaz expresión de un gobierno centralizado en el que, por más paradójico que parezca, se comenzó a transitar el camino a la modernidad, aun a sabiendas de que muy poco se avanzó en dicho sentido.

A la muerte de Gómez, acontecida en 1935, le sucedió en la presidencia de la república su ministro de guerra y marina, el general en jefe del ejército Eleazar López Contreras, designado como tal por el Congreso Nacional en acatamiento a los deseos *post mórtem* de aquél. Durante el mandato de López, se emprendió un conjunto de importantes reformas en materia de educación y salud que, a decir verdad, otorgó mayor

barniz de modernidad al acumulado hasta entonces por la sociedad venezolana, con todas las limitaciones que deban y puedan verse al proceso iniciado en esos años.⁵

A la par, comenzó la indeclinable marcha hacia la instauración de un régimen político de democracia liberal y representativa, andar que encontró su epítome en 1947, al realizarse las primeras elecciones directas, secretas y universales para escoger presidente en la historia venezolana, en la cuales triunfó el, quizás, más renombrado de los escritores criollos: Rómulo Gallegos. Lamentablemente, en este punto el camino retornó a su no perdida condición de pedregoso, pues al año siguiente el recién instalado presidente fue defenestrado por un incruento golpe de Estado dirigido por la fuerza armada nacional, institución apenas tres años atrás aliada con Acción Democrática (AD), partido en el cual militaba Gallegos, en el derrocamiento del presidente Isaías Medina Angarita. Consecuentemente, se impuso el consabido gobierno militar que extendió por una década sus tentáculos. El desmoronamiento de la dictadura, en 1958, marcó el retorno a la senda democrática.

Inevitablemente, el advenimiento de ciertos elementos constituyentes de la modernidad, aceleró el trazado del marco general en el que se materializó la consumación del caudillaje. Difícilmente, la presencia de un Estado en buena medida consolidado y la mediación de la lucha por el poder político interno desarrollada a través de la acción de los partidos políticos, da cabida a la operación trascendente de los caudillos. En teoría, la violencia no es más el mecanismo por antonomasia para conquistar el control de las maquinarias estatal y gubernamental, pues no concurren condiciones objetivas y subjetivas propiciatorias de la conformación de "ejércitos particulares" como instrumentos de ejercicio de la violencia.

Sin embargo, lo anterior no significó la plena desaparición de la violencia como mecanismo para dirimir las diferencias políticas existentes a lo interno del territorio nacional, sino su emparejamiento con móviles ideológicos, caso de la guerra de guerrillas escenificada durante la década de los sesenta, bajo el comando de cuadros directivos de partidos políticos de inspiración marxista-leninista, tipo el Partido Comunista de Venezuela (PCV) o el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR),

⁵ Para una síntesis histórica de este proceso de mejoras en materias educativa y sanitaria; ver: Luis Alberto Buttó (2002). "Síntesis histórica de los cambios ocurridos en el índice de desarrollo humano en Venezuela entre 1936 y 1945". *Investigación y Postgrado*. Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador, volumen 17, número 2, pp. 113-139.

organizadores de las denominadas Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), dispuestas para el combate rural, y de las llamadas Unidades Tácticas de Combate (UTC), pensadas para llevar a cabo la lucha armada sostenida en las principales ciudades del país.

No obstante, una vez destronado el caudillaje, secuelas nada desdeñables del pasado asociado persisten al día de hoy y signan el acontecer político nacional. Se producen al interior de la democracia venezolana, dados su peculiar génesis y desenvolvimiento, ciertas relaciones dialécticas donde es ciertamente complicado diferenciar causales, síntomas y efectos del hecho explicado en los párrafos subsiguientes. Constante histórica de por medio, la cultura política del venezolano y el proceder de la mayoría de los dirigentes fundamentales de las organizaciones partidistas de destacada actuación en la vigésima centuria de la era cristiana, reflejan por doquier la persistencia del personalismo como manera de encarnarse el actuar político y el ejercicio del poder.

III. *Personalismo político en el siglo XX venezolano.*

El hito fundacional de los partidos políticos modernos en Venezuela constituyó un período por demás rico en términos del debate ideológico que acompañó el alumbramiento de estas organizaciones. El voceo de diferentes postulados filosóficos, por parte de los principales líderes y/o teóricos de dichas agrupaciones, permitió deslindar con claridad la postura de quienes sostuvieron tesis programáticas basadas en el materialismo histórico-dialéctico, reunidos en torno a la principal referencia de la izquierda venezolana por varias décadas, el PCV, de la sostenida por quienes abrazaron banderas ubicadas más en la arena de la centro izquierda o el centro, a secas. En este último punto, se plantaron los emblemáticos partidos AD y Unión Republicana Democrática (URD), ambos de inspiración socialdemócrata, y el Comité de Organización Electoral Independiente (COPEI), propulsor, en estas tierras, de la instalación de la democracia cristiana, doctrina política sustentada en los planteamientos sociales de la Iglesia Católica.

En los albores de su entrada al proscenio, los partidos mencionados dieron a conocer profusamente a la colectividad nacional, los programas a partir de los cuales se propusieron la transformación de la sociedad venezolana. Incluso, algunos de sus conspicuos dirigentes, verbigracia Rómulo Betancourt, *páter familias* de AD, legaron a

la posteridad importante obra escrita, condensada en libros, folletos, artículos de opinión y correspondencia de inexcusable consulta en el rastreo de las líneas maestras del proceso de consolidación de la democracia liberal representativa en Venezuela.

En contraposición a lo deseable, la controversia ideológica enunciada *ut supra*, se fue progresivamente agotando en igual medida que los partidos se acercaron al poder, ya fuese porque sus candidatos conquistaron la primera magistratura nacional al ser favorecidos por la preferencia mayoritaria del electorado, caso de AD y COPEI, o porque resulta de la puesta en práctica de alianzas transitorias, individualidades de algunos de ellos, caso de URD, integraron el tren ministerial de los gobiernos instituidos de 1958 en adelante.

Paradojas del pragmatismo en política: a la par que se consolidó la alternancia en el control de las maquinarias estatal y gubernamental, producto de sucesivos procesos electorales, caracterizados en la primera década de vigencia del sistema democrático liberal representativo por presentar reducidas cuotas de abstención, se consignó a un devaluado segundo plano, el contrastar públicamente los diversos modelos de orientación política a ser aplicados una vez conquistado el poder. Cabe preguntar: ¿caldo de cultivo en el cual se cocinó la reaparición del personalismo político o bufé servido por la recurrente ocurrencia de dicho fenómeno? Sin importar mayormente la respuesta, lo digno de reseñar es que este tipo de conducta tiñó la acción de los partidos en la segunda mitad del siglo XX venezolano.

En incontenible alud degenerativo, las propuestas partidistas comenzaron a centrarse en la explotación con fines electorales de elementos en nada relacionados con la confrontación ideológica. Por el contrario, se desató el aberrante proceso de resaltar permanentemente factores en buena medida baladíes, hábilmente edificados sobre la base del carisma y la popularidad personal de determinado candidato y/o del arrastre del caudal de adhesiones sumadas gracias al férreo control del aparato partidista concentrado en un reducido grupo de dirigentes.

En cada organización, quizás un quinteto de directivos, a lo sumo una decena, valiéndose de los mecanismos otrora ideados por Vladimir Lenin para mantener bajo su férula al partido bolchevique (de allí el mote de estructura leninista), tales como el Comité Directivo Nacional, el Comité Central, el Politburó o como se le haya denominado en cada circunstancia, se erigió en la instancia con poder de decisión

absoluto sobre el proceder del partido, dando origen a lo conocido en el argot popular como régimen de cogollos o, peor, la mentada "cogollocracia". Aun más, en cada cenáculo conformado, la voluntad de un personero, bien el presidente del partido, bien el secretario general, bien el líder histórico más renombrado, sirvió de incuestionable buril trazador de las directrices máximas a seguir por los afiliados a la entidad política.

Entresacados de la historia política venezolana contemporánea, los siguientes son algunos ejemplos ciertamente ilustrativos de lo expuesto. De 1958 en adelante, y hasta la hora de su desaparición física, los abanderados presentados por AD al escrutinio de los votantes, siempre fueron los avalados por Rómulo Betancourt. En la divisoria de aguas representada por la inminencia de las elecciones presidenciales pautadas para diciembre de 1968, dos figuras señeras del partido, Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa, se disputaron la candidatura. Para ese entonces, Prieto contó con el apoyo del poderoso buró sindical y de la secretaría general, ocupada por esos días por Jesús Ángel Paz Galárraga. Independientemente de la fortaleza mostrada por la posible candidatura de Prieto, la preferencia de Betancourt recayó en Barrios, a tal punto que el líder fundador prefirió dividir al partido antes que tener que aceptar la opción encarnada en Prieto.

De esa ruptura de AD nació el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), partido proclamado socialista en sus estatutos, del cual no casualmente Prieto Figueroa y Paz Galárraga, en evidente demostración de personalismo, fueron los más notorios dirigentes. En este caso, hasta la muerte del primero y el abandono de posiciones relevantes por parte del segundo, dada su avanzada edad y estado de salud.

La historia transcurrió de manera similar en partidos como COPEI y URD. En COPEI, de 1947 en adelante, Rafael Caldera, el padre fundador, se reservó la condición de cuasi candidato vitalicio a la presidencia. Luego de salir electo presidente en 1968, por disposición constitucional, tuvo que esperar dos períodos gubernamentales para aspirar repetir en el cargo. Nuevamente candidato en 1983, resultó derrotado por el aspirante de AD, Jaime Lusinchi. En 1988, fue notorio su disgusto al ser seleccionado Eduardo Fernández, su otrora "delfín", como candidato del partido. En esa oportunidad, hizo célebre su frase "paso a la reserva", síntesis de su disposición personal de negar cualquier tipo de apoyo a esta candidatura, por cierto vencida en los comicios por la del ex presidente Carlos Andrés Pérez.

En 1993, Caldera intentó imponerse nuevamente como candidato de su partido, pero buena parte de los más connotados dirigentes de COPEI rechazaron tal pretensión. Tal postura, contraria a su persona, lo enervó tanto que, al igual que Betancourt años atrás, apostó por la fractura de la organización y creó un *alter ego* socialcristiano bautizado CONVERGENCIA, cuyo alumbramiento allanó en la práctica la senda donde se inició la debacle electoral de COPEI, sostenida desde ese instante.

Sobre la estructura de este nuevo partido montó Caldera su retorno al palacio de Miraflores, concretado en diciembre de aquel año. Por cierto, el triunfo en dichas elecciones significó el debut y la despedida históricas de CONVERGENCIA. La estrella del partido se extendió hasta donde se extendió la estrella de su "caudillo". En años subsiguientes, su influencia electoral estaría constreñida al estado Yaracuy, tierra donde nació el prácticamente auto designado incuestionable padre de la democracia cristiana venezolana.

En URD, coordenadas parecidas se trazaron en torno a la figura de Jóvito Villalba. Éste entró al juego político en 1928, cuando en su condición de presidente de la organización agrupadora del estudiantado universitario de aquel entonces se dio a conocer con un encendido discurso leído en situación aparentemente inocua: la elección de la reina de belleza del carnaval de ese año. A lo largo del tiempo, Villalba fue el candidato de URD por antonomasia en las sucesivas elecciones nacionales en las cuales se encontró con suficiente salud para enfrentar el reto, al punto que la expresión característica de su prolijo arsenal discursivo fue la repetida mil veces "Yo y mi partido, mi partido y Yo", frase de la cual puede translucirse la incontrovertible realidad de que, por lo general, sus deseos se anteponían a las consideraciones de los restantes miembros de la organización política fundada a instancias de su persona.

El personalismo político encarnado en Villalba quedó en evidencia en las cercanías de los comicios presidenciales de 1973, cuando ciertos sectores de la izquierda venezolana intentaron un proceso de unión programático y electoral conocido como Nueva Fuerza, inspirado en la experiencia recientemente victoriosa de la Unidad Popular en Chile. En esa oportunidad, el PCV, el MEP y URD avanzaron en el diseño de un programa común y acordaron saltar al ruedo con una candidatura unitaria. Todo el asunto marchó sobre ruedas hasta el momento de designar al ungido. Con lógica aplastante, dado el caudal de votos obtenidos por el MEP en los comicios

inmediatamente anteriores, este partido puso sobre la mesa el nombre de su secretario general, Jesús Ángel Paz Galárraga, conocido popularmente como el "Indio".

Dicha propuesta fue aceptada al rompe por el directorio comunista. Empero, para sorpresa de todos, Villalba no aceptó la proyección de otra figura que no fuese la suya y deshizo los acuerdos alcanzados. En consecuencia, el PCV y el MEP fueron juntos a las elecciones con Paz Galárraga como portaestandarte y URD hizo lo propio con Villalba. Huelga decir: tanto la Nueva Fuerza como URD obtuvieron magros resultados en esas elecciones.

En sus últimos años de vida, Villalba fue víctima de una larga y postradora enfermedad, pero aun así no disminuyó su influencia determinante en URD. Tal punto alcanzó su personalismo al interior del partido que, en 1988, sin posibilidad alguna de triunfo y ni siquiera de proyección suficiente, su esposa, Ismenia de Villalba, resultó impuesta como candidata de la organización partidista. A la postre, URD, glorioso partido que en condiciones por demás memorables le ganó las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1952 al dictador Marcos Evangelista Pérez Jiménez en resultados desconocidos por la dictadura, desapareció de la arena política nacional sin mayores dolientes.

A estas alturas del discurso, las aclaratorias son necesarias. El planteo anterior no niega tajantemente controversias de tipo ideológico ventiladas en el seno de los partidos históricos actuantes en la democracia liberal representativa venezolana. Tan sólo se limita a afirmar el constreñimiento de dichas discusiones a un devaluado segundo plano, pues determinantes fueron la falta de competitividad intramuros y la muy escasa democracia interna. Visto el asunto de manera global, estas organizaciones partidistas terminaron siendo mera expresión de la impepinable voluntad de sus líderes máximos, al punto que cualesquiera proyectos de renovación, en especial los adelantados por generaciones de relevo en ciernes, resultaron siempre abortados, en tanto y cuanto podían denotar algún tipo de cuestionamiento a la autoridad impuesta y mantenida desde arriba.

Las diversas campañas electorales escenificadas durante el período tratado dieron cuenta del peso ejercido por el personalismo político. En ellas, el debate en torno al modelo de país a llevar a cabo una vez conquistado el poder, brilló por su ausencia y la promoción correspondiente se centró, fundamentalmente, en resaltar supuestas

condiciones extraordinarias de los escogidos a tales fines. Así las cosas, de eslogan en eslogan, el grueso de los votantes venezolanos hubo de resignarse a emitir opinión en las urnas electorales no en torno a concepciones planteadas acerca de la economía, la política, la cultura o la sociedad en general, sino sobre "hombres de familia" o simplemente "hombres"; individuos que "iban de frente y daban la cara"; magos que "arreglaban esto"; personajes "correctos"; voluntariosos que le "echaban pichón"; candidatos que "eran como tú" o "gochos" que retornaron en el "98", por citar referencias patéticamente ilustrativas.

De la mano con el *jingle* publicitario, la mayoría de los partidos políticos venezolanos con destacada actuación de 1958 en adelante, en algunos casos de manera subrepticia y en otros por la calle del medio, explotaron con fines electorales la otra cara presente en la moneda del personalismo político: el mesianismo incrustado en el substrato cultural del venezolano. Vale decir, la recurrente espera por el arribo del personaje providencial llamado a resolver, en función de sus atributos especiales, los ingentes problemas de la colectividad nacional. Los operadores políticos asumieron como válida cierta orfandad y minusvalía de edad de la población venezolana en términos de concepción política y, deliberadamente, estimularon entre ella la articulación de un imaginario donde ésta concluyó entendiéndose incapaz de forjar su destino y por ende necesitada del superdotado que en su representación así lo haría.

En otras palabras, se estimuló a conciencia la adoración por el hombre fuerte o decidido, el redentor emergido de las entrañas mismas de la tierra venezolana para vindicar al manso pueblo sumido en infame situación. No es de extrañar por tanto que, en el discurso político venezolano de la contemporaneidad, hayan sido tan escasas las referencias didácticas (y se sobreentiende que los partidos deberían cumplir un papel ciertamente relevante en este sentido) a que las masas por sí solas, léase sin ayuda extraordinaria, pueden y deben erigirse en mecanismo idóneo de su propia superación, construida ésta sobre la base del trabajo, la dedicación, el esfuerzo y el estudio sostenido.

IV. *El personalismo político en la Quinta República.*

Conductas como las descritas en los párrafos precedentes no desaparecieron (en verdad, ni siquiera se atenuaron) con el desencadenamiento en 1999 del proceso revolucionario (así llamado por sus dirigentes) a cuya cabeza se encuentra el teniente

coronel (Ej.) Hugo Rafael Chávez Frías, otrora líder de la fracasada militarada acontecida el 4 de febrero de 1992.

Un primer indicador de la veracidad de la afirmación anterior, es el hecho plenamente constatado de que la exacerbación del personalismo político y del mesianismo fue la estrategia electoral clave utilizada para promocionar la candidatura de Chávez de cara a las elecciones presidenciales escenificadas a finales de 1998. La principal bandera propagandística izada a toda vela en esa oportunidad por el Movimiento Quinta República (MVR), la organización creada con fines electorales por los derrotados golpistas del 92, hoy trastocada en Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), fue la identificación irrestricta del partido con la figura del líder supremo, el "comandante" (la siempre recordada por sus seguidores procedencia militar de Chávez) de la "revolución".

Por lo menos en el año y medio previo al acto de votación efectuado el 6 de diciembre de 1998, amén del eje transversal representado por la promesa de "refundar" la república mediante la convocatoria a una Asamblea Constituyente, los estrategas de la candidatura de Chávez hicieron hincapié en las condiciones personales de éste, destacando a más no poder, entre otros factores, aquellos directamente vinculados con su supuesto coraje y arrojo, en tanto y cuanto oficial indócil que abandonó familia y carrera para jugársela audazmente en la intentona golpista ocurrida seis años atrás, en aras de redimir a la patria de la acción de sus "malos hijos", y que reivindicó su responsabilidad por haberle ... "echado bolas" ...;⁶ vale decir, el haber "tirado la parada", elemento decimonónico tan caro al imaginario del pueblo venezolano. Como era de esperarse, la iconografía bolivariana, comodín de tanto uso en el derrotero histórico nacional, jugó papel trascendental en este sentido.

Una vez instalado Chávez en las oficinas del palacio de Miraflores, el personalismo político continuó siendo una constante en el ejercicio del poder. En las continuas campañas electorales escenificadas de 1999 en adelante (tecleo estas páginas a mediados de enero de 2012), de manera invariable, el tema a debatir siempre fue la adhesión o no a la persona del comandante-presidente.

⁶ Manuel Caballero (1998). *Contra el golpe, la dictadura militar y la guerra civil*. Caracas: El Centauro ediciones. p. 27.

De hecho, en toda propaganda colocada en las calles o divulgada en los medios de comunicación masivos, destacó (destaca) la referencia escrita, fotográfica o audiovisual al presidente de la república, incluso cuando dicho mensaje publicitario haya estado dirigido a dar a conocer un aspirante a la Asamblea Nacional, un candidato a gobernador o una ficha del PSUV, o de algunos de los partidos aliados al "proceso revolucionario", propuesta para ocupar el cargo de alcalde o concejal. De allí que el abrazo con Chávez o la mano alzada del candidato en cuestión por éste, fuese el elemento primordial del mensaje, pues el asunto era (es) dar a entender que la figura subalterna contaba (cuenta) con la bendición de la real e indiscutida fuente de poder.⁷

La verdad verdadera es que, en términos electorales, a partir de 1998, Chávez representó (representa) el portaaviones donde se montaron (montan) las aspiraciones de muchos pretendientes que, de otra manera, jamás hubiesen sido votados por el electorado, dadas su insignificante proyección y desconocida trayectoria. En realidad, la base del protagonismo de la gran mayoría de estos candidatos no fue (es) otra sino la preferencia o confianza depositada por el "gran timonel" en ellos al dar el visto bueno a su inclusión en las planchas oficialistas. Es verdad histórica reconocer que los triunfos en estas campañas electorales lo fueron más de una persona, Chávez Frías, y menos de un movimiento político o de una propuesta programática.

Para cerciorarse plenamente de lo expresado con anterioridad, basta recordar que desde que asumió la posición señera del ejecutivo nacional, el propio Chávez no ha desperdiciado ocasión alguna para enrostrarle tal condición subordinada al conjunto de personeros que durante sus sucesivas presidencias han ocupado, por su sola voluntad, las máximas jefaturas de gobiernos regionales y locales. Para muestra un botón, extraído del discurso pronunciado por su persona en el Teatro Municipal de Caracas, el 19 de

⁷ Nota *ad márginem*: En el torbellino político experimentado por la sociedad venezolana en el período estudiado, algunos de los partidos aludidos se distanciaron del oficialismo. Al momento en que escribo, éste es el caso, por ejemplo, del Movimiento al Socialismo (MAS), la Causa R, PODEMOS y Patria para Todos (PPT). De hecho, PODEMOS surgió de la primera división formal del MAS, precisamente cuando frente a cierta coyuntura electoral el partido debatió si continuaba o no apoyando las propuestas del MVR. Proceso similar experimentó la Causa R, organización de la cual nació PPT, agrupación fundada cuando los líderes de aquella más identificados con Chávez Frías, escogieron el camino de acompañarlo en una determinada campaña electoral, a lo cual se negaron quienes permanecieron en el partido. Retruécanos de la historia, a mediados de 2011, PPT experimentó una seria fractura cuando la mayoría de la asamblea de militantes convocada a tales fines decidió apoyar la precandidatura presidencial del líder opositor Henrique Capriles Radonsky y cierto grupo minoritario se mantuvo leal a la figura del presidente Chávez. A estas alturas, sólo el PCV se mantiene incondicional en su adhesión a Chávez.

abril de 2008, en el acto de juramentación de los equipos estatales de trabajo político del PSUV.

Allí, frente a sus seguidores de a pie, convocados al respecto, y acompañado de la cúpula dirigente del partido, a quienes obviamente iba dirigido el mensaje, advirtió: "...No me calo más gobernadores que salieron del más grande anonimato; me los eché al hombro, ganaron las elecciones e hicieron lo que les dio la gana"...⁸ En otras palabras, ni gobernadores ni alcaldes tienen mérito alguno para gobernar, salvo haber sido designados en este sentido por el "comandante-jefe". *Ergo*, tampoco éste les permitió en su momento, ni les permitirá en el futuro, criterio alguno para decidir de manera autónoma en las jurisdicciones correspondientes.

En el día a día, al permitirse emitir declaraciones *motu proprio*, o cuando son conminados en esta dirección por el primer mandatario en su programa de televisión *Aló, presidente*, o en las incontables y de larga duración (por decir lo menos) cadenas gubernamentales de radio y televisión,⁹ los personeros del oficialismo constantemente hacen referencia a la autoridad suprema del teniente coronel Chávez sobre la dirección del proceso político donde participan, sustentan sus puntos de vista en la explicación de tal o cual planteamiento desarrollado por éste y defienden propuestas y proyectos con base en la necesidad y urgencia de hacer las cosas según los deseos de su líder supremo. Así las cosas, son exageradamente recurrentes expresiones del siguiente tenor: "esto ya lo conversé con el comandante", "el comandante necesita esta medida", "así lo quiere el comandante", "el comandante tiene la última palabra", "el liderazgo fundamental lo ejerce el comandante" y pare usted de contar.

Harto sintomática en este sentido, fue la declaración emitida por el para entonces coordinador del Comando Táctico Nacional (CNT) del MVR, William Lara (R.I.P.), cuando anunció al país la disolución de dicho partido y el traspaso de sus bienes y militantes al naciente PSUV. Consultado por los periodistas sobre el porqué el CNT no convocó al Consejo Patriótico Nacional del MVR ni consultó a las bases del partido,

⁸ Cecilia Caione (2008, abril 20). "Quiero gobernadores que den la vida por la Revolución". *El Nacional*, Caracas, p. 3 (cuerpo nación).

⁹ Según el seguimiento hecho al respecto por Antonio Pasquali, solamente entre 1999 y 2006, el presidente Chávez habló en cadena nacional durante 1.849 horas (110.940 minutos en total, a un promedio de 38 minutos diarios). Esto es, 231 días laborables (ocho horas) ocupando, de manera por demás sesgada y parcializada, el espacio radio-eléctrico. Obviamente, seis años después, la cuenta se torna incuantificable. Ver: Antonio Pasquali (2006, enero 16). "El discurso chavista: una autodefinition". *El Nacional*, Caracas, p. A-8.

para tomar la decisión referida, el político en cuestión sentenció: ... "El CNT no convocó a un consejo patriótico nacional para adoptar la resolución política, porque (...) tiene esa atribución y en la base nadie discute las directrices de Chávez"...¹⁰

En múltiples oportunidades, el propio presidente Chávez ha dejado (deja) en claro el peso de su indiscutida voluntad sobre el derrotero a seguir por aliados y seguidores, en especial cuando emite a subalternos órdenes alejadas de toda discusión en el fragor de sus apariciones televisadas y radiadas. Si bien en ciertas instancias y sobre determinados temas puede surgir algún tipo de controversia o debate, toda disquisición cesa cuando el presidente pontifica sobre el punto en cuestión. En sus alocuciones, es común escuchar frases así de contundentes: "he decidido", "he ordenado", "he dispuesto", "quiero que se haga esto", "se me ocurrió anoche y así se hará".

Y si cualquiera ocurrencia o desliz fue cometida en determinado momento por algún funcionario cuya designación y permanencia en el cargo dependía (depende) de su omnímoda voluntad y, por supuesto, ello pudo significar que el asunto en cuestión discurriese fuera del contorno trazado con base en su leal saber y entender, el jefe de Estado y gobierno venezolanos no ha dudado en reconvenirlo en público de agraz manera. Lo anterior, puede fácilmente constatarse a través del seguimiento sistemático de las reseñas hechas por la prensa, la radio o la televisión de múltiples actos oficiales en los cuales el presidente Chávez siempre fue el protagonista principal, por no decir el único protagonista.

Verbigracia. En su programa *Aló, presidente*, transmitido el 21 de enero de 2007, se refirió a ciertas obras emprendidas por burgomaestres oficialistas con jurisdicción en el Área Metropolitana de Caracas, concretamente el Alcalde Mayor de Caracas, Juan Barreto; el Alcalde del Municipio Libertador, Freddy Bernal; y el Alcalde del Municipio Sucre, José Vicente Rangel hijo (en lo personal llamado Pepe por el señor presidente), de la siguiente manera: ... "Ahí, en la alcaldía (sic) de Caracas, empezaron a hacer un mamotreto. Yo lo mande a parar y lo mandé a desmontar. No lo

¹⁰ Hernán Lugo-Galicia (2006, diciembre 19). "Comando Táctico Nacional dio extremaunción al MVR". *El Nacional*, Caracas, p. A-4.

han desmontado, Freddy (...) Desmóntame eso de ahí, porque a mí nadie me dijo, y eso está al lado de Miraflores".¹¹

En el mismo programa, para que nadie abrigase duda razonable acerca de en qué acera personal en última instancia se aposenta la batuta del gobierno, planteó otro caso similar, al hacer la aclaratoria copiada a continuación: ... "Juan (...) tiene pensado hacer un elevado desde Los Caobos hasta la Plaza Venezuela, pues no, no y no. Si empezamos a hacer elevados y tú haces uno, Freddy (...) hace otro y viene Pepe (...), bueno... imagínate si uno permite que cada quien aquí empiece a tomar decisiones".¹²

Y si bien las anteriores son confirmaciones ciertamente dramáticas de la desmesura evidenciada en la personalista (huelga decir, decimonónica) manera de entender el ejercicio del poder político que caracteriza al presidente Chávez, en otros momentos de la historia reciente venezolana, tal concepción del mando inoculada en su sentir y pensamiento ha aflorado con mayor magnitud, mostrando, para tristeza y cuestionamiento de la institucionalidad democrática, la impudicia y fealdad propia de un rostro mañanero sin asear.

Son ocasiones como aquélla en que, estando al aire su programa dominical, saltándose a la torera el debido respeto por mínimas formas de procedimiento (téngase en cuenta que en todo sistema democrático que se precie de tal, las formas son tan importantes como el fondo), y recurriendo al estridente sonido de un pito, destituyó a la plana mayor de la empresa estatal de petróleo, PDVSA. O, ésta otra, ocurrida en un acto del PSUV escenificado a mediados de abril de 2008, en que, sin reparo alguno, desnudó el tipo de razones por las cuales en determinada circunstancia ha decidido destituir a uno de sus subalternos: ... "Tuve que mandar a raspar a la presidenta del Servicio Autónomo de los Consejos Comunales, que decía que como ella era autónoma (...) no compadre, aquí no hay nada autónomo, esto es un solo gobierno".¹³

Otro ejemplo por demás elocuente del personalismo político puesto en práctica desde la cúpula del poder estatal y gubernamental en Venezuela a partir de febrero de 1999, es la pretensión oficialista de equiparar en el subconsciente del venezolano, a través de la inconmensurable propaganda desplegada a tales fines, la figura del

¹¹ Paulimar Rodríguez (2007, enero 23). "El mamotreto de El Calvario puede ser desarmado en una semana". *El Nacional*, Caracas, p. A-13.

¹² Pedro Llorens (2007, enero 28). "Gobierno televisado". *El Nacional*, Caracas, p. A-8.

¹³ Pedro Llorens (2008, abril 20). "¡El pueblo, carajo!". *El Nacional*, Caracas, p. 13 (cuerpo nación).

presidente Chávez con la encarnación suprema de la patria y del pueblo, entendidos estos como las dos abstracciones de mayor raigambre y valoración en la mentalidad colectiva. Todo ello a sabiendas de que, en la práctica, para el opositor blanco de las acusaciones correspondientes, es bien difícil no derivar en anatema, si desde la vocería revolucionaria se le inculpa de modo atrabiliario de no querer el bienestar general y de no estar dispuesto al mayor sacrificio por la tierra donde se nació y/o se vive.

Por ello, miles de vallas regadas por la geografía nacional y constantes mensajes transmitidos por radio y televisión, buena parte de ellos gratuitos y de obligatoria transmisión en aplicación de la Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión, popularmente conocida como *Ley Resorte*, se centran en expresiones como "Con Chávez manda el pueblo" o "Chávez es el pueblo". El propio presidente Chávez refuerza dichos mensajes en cada una de las oportunidades que tiene al respecto y de nuevo es redundante puntualizar que éstas son sencillamente incontables.

Verbigracia; a comienzos de 2009, el jefe de Estado y de gobierno comenzó a publicar una columna semanal en diarios de circulación nacional y regional intitulada *Las Líneas de Chávez*. En la primera de ellas, se refirió a la importancia que para el proyecto político que comanda, significaba obtener la victoria en el referéndum a realizarse (realizado) en febrero de ese año y mediante el cual se reformaría (reformó) la Constitución nacional para permitir la posibilidad de que su persona pudiera optar a la reelección indefinida. Para sumar simpatías a su causa, en esa columna desarrolló un discurso enmarcado en las siguientes coordenadas:

Digo esto hoy, en medio de los acontecimientos que marcan el inicio de este 2009, **cuando recrudece la batalla política que se desató en nuestra patria hace dos siglos**: unos, los más de nosotros, queremos la Independencia Nacional; otros, los menos, quieren convertir de nuevo a **Venezuela en una colonia**, en un país subimperial, en una subrepública.

No hay más camino para lograr la Independencia venezolana que la Revolución Nacional. **No hay más camino para la grandeza Patria que éste**, ya emprendido, del socialismo; nuestro socialismo bolivariano: ¡La Democracia Socialista!

El **otro camino, por el que nos quieren llevar los colonialistas pitianquis**, condenaría a nuestro país a la minusvalía, a la pequeñez y a la tumba histórica; es el camino del capitalismo y su expresión política: la "democracia burguesa".

Nosotros, los Independentistas, andamos con un juramento; aquel que hizo nuestro líder, Simón Bolívar, en el Monte Sacro el 15 de Agosto de 1805. Nosotros, los Patriotas, tenemos un proyecto, portamos una bandera...

Ellos, los colonialistas, no tienen juramento, no tienen proyecto, no tienen bandera. O mejor dicho, como lo hemos visto en diversas actividades de los pitiyanquis, su bandera al revés, volteada, de siete estrellas y no de ocho como fue el mandato de nuestro Bolívar en Angostura, lo dice todo: representan lo contrario a la patria, son la contrabandera, son la contravenezuela, son lo contrabolívar. Son la negación. Son la no-patria.

Pero eso no es en verdad lo más importante. Aquí y ahora, lo esencial es que, **de ganar el No, se impondría la colonia, la contrapatria.** Y al ganar el **SÍ, se impondrá la Patria, la Independencia.**

Por ello, les repito, hombres y mujeres, juventud venezolana: **¡Los que quieran patria, vengan conmigo! ¡Los que vengan conmigo, tendrán patria!** [Negritas del autor].¹⁴

En el cierre de aquella campaña el presidente Chávez afirmó: ..."yo no soy Chávez, yo soy un pueblo"...¹⁵ y al conocerse los resultados de la consulta en cuestión, que le fueron favorables, pese a que reafirmaron lo ya bien sabido por la opinión pública nacional, la división política del país en dos porciones numéricamente similares, pronunció un discurso ciertamente memorable, en tanto y cuanto significativas partes de su contenido reflejaron el papel asignado en su mente a su propia persona, en el marco del proceso político que él mismo, en un acto militar devenido en concentración política dado el grueso del mensaje presentado, denominó, con la prosopopeya del caso, la primera gran revolución del siglo XXI.¹⁶

En aquella oportunidad, la excitación generada con el triunfo obtenido, lo llevó a confesar su acendrada creencia (esencia real de su pensamiento) de que la propuesta de reelección indefinida, vista en términos estrictamente conceptuales y jurídicos-institucionales, no tenía mayor trascendencia, pues lo realmente importante en juego era la identificación del electorado con su liderazgo incuestionable y su permanencia prácticamente *ad infinitum* a la cabeza de las maquinarias estatal y gubernamental venezolanas, ya que, en sus propias palabras, quienes ..."votaron por el Sí, votaron por Chávez y votar por Chávez es hacerlo por ustedes mismos"...¹⁷

¹⁴ Hugo Chávez (2009). *Las Líneas de Chávez* [Documento en línea] Disponible en: 74.125.47.132/search?q=cache:I7r_ohY9LqwJ:www.noticias24.com/actualidad/noticia/23194/hugo-chavez-publica-su-primer-columna-de-las-lineas-de-chavez/+hugo+chavez+soy+la+patria&cd=13&hl=es&ct=clnk&gl=ve [Consulta: 2009, mayo 30]. p.s/n.

¹⁵ Gabriel Calzada (2009). *Chávez: pueblo y tirano* [Documento en línea] Disponible en: www.diariodeamerica.com/front_noticia_detalle.php?id_noticia=4991 [Consulta: 2009, mayo 30]. p.s/n.

¹⁶ Hugo Chávez (2012, enero 17). *Discurso pronunciado en el Acto de transmisión de mando del Ministerio del Poder Popular para la Defensa*. [transmisión de TV]. Caracas: Venezolana de Televisión.

¹⁷ Agencias (2009). *Chávez gana consulta y podrá ser reelegido indefinidamente* [Documento en línea] Disponible en: 74.125.47.132/search?q=cache:CZbtJ6KEOlKJ:www.laprensa.com.bo/noticias/16-02-

Precisamente, esta propuesta de reelección presidencial, hoy mandato constitucional, evidenció sin ambages cómo en el pensamiento y convicciones del liderazgo del PSUV, la permanencia y proyección del proyecto político adelantado en Venezuela a partir de 1999, depende, fundamentalmente, de la exaltación, en parámetros de lo que en la jergonza marxista se denomina culto a la personalidad, de la persona del teniente coronel Chávez Frías y de la supremacía indubitable de éste a la cabeza de dicho movimiento, de tal forma que para los seguidores y simpatizantes de la gestión gubernamental desarrollada por el primer mandatario, la permanencia en el mando de la figura del comandante-presidente equivale a la existencia y supervivencia misma del llamado proceso revolucionario.

De hecho, la presentación y explicación ante la opinión pública de la necesidad de reelección del presidente se basó, de acuerdo a lo planteado a lo largo de la campaña electoral por el propio Chávez y sus adláteres con mayor presencia en los medios de comunicación, en la imperiosa necesidad de que éste continúe rigiendo por tiempo indefinido el destino nacional, pues se asume y reconoce que ningún otro personero tiene las suficientes actitudes y aptitudes para dirigir con el tino, la firmeza, la entereza y la sabiduría requeridos, el proceso político en cuestión y mucho menos puede aportar garantía alguna de que el PSUV obtenga el tan anhelado triunfo en las elecciones presidenciales pautadas para octubre de 2012.¹⁸

Toda esta alabanza y engrandecimiento de la individualidad de Chávez Frías es de fácil constatación mediante el seguimiento de las intervenciones realizadas por el liderazgo del partido de gobierno en Venezuela (incluido obviamente el propio Chávez) durante la campaña electoral que precedió a la escenificación del referéndum referido. Los archivos de prensa, radio y televisión son la fuente primaria por excelencia para verificar el planteo.

09/16_02_09_mund1.php+discurso+de+hugo+chavez+referendum+reeleccion+presidencial&cd=30&hl=es&ct=clnk&gl=ve [Consulta: 2009, mayo 30]. p.s/n.

¹⁸ Nota *ad márginem*: En Venezuela, de 1958 en adelante, tradicionalmente las elecciones presidenciales se han realizado en el mes de diciembre, concretamente el primer domingo. En esta oportunidad, el Consejo Nacional Electoral adelantó la fecha de los comicios. Analistas políticos y sectores de la oposición han señalado que dicha alteración puede responder a la enfermedad (cáncer) que enfrentó el presidente Chávez en 2011 y la consiguiente dificultad física para afrontar una exigente campaña electoral y/o a la posibilidad de que, en caso de una hipotética derrota experimentada por el oficialismo en dichas elecciones, desde el poder legislativo haya tiempo suficiente para blindar a través del aparato legal desarrollado al respecto, la supervivencia del andamiaje institucional construido al calor del proceso revolucionario. En este caso, sólo queda afirmar: amanecerá y veremos.

Para concluir, recalco lo expresado párrafos atrás, habida cuenta de la necesidad de espantar cualquier atisbo de parcialidad conceptual en lo puntualizado hasta el momento: nada de lo escrito debe ni puede entenderse irrestricta negación del trasfondo ideológico (debate de ideas centrado, básicamente, en la contraposición del modelo político y el modelo de acumulación y desarrollo propuesto uno por el oficialismo y otro por los sectores opositoristas) presente en el proceso político adelantado en Venezuela a partir de 1999.

La idea central de esta parte del presente escrito, sólo pretende resaltar el personalismo político implícito y manifestado de manera recurrente a lo largo del período estudiado, en aras de explicitar la continuidad de dicho fenómeno, más allá de los estructurales y radicales cambios institucionales, sociales, económicos y políticos experimentados en el país a partir de la última década del siglo pasado, resumidos todos ellos en el descarte de la democracia liberal representativa, la asunción de la democracia participativa y protagónica (así denominada en la Constitución nacional vigente desde 2000) y la edificación del inicialmente nombrado socialismo bolivariano y posteriormente bautizado socialismo del siglo XXI.

En el tiempo que corre, pese a la reiterativas alusiones del bando oficial a la construcción desde las bases de un supuesto poder popular, lo que irónicamente parece destacar es el monopolio del protagonismo absoluto por parte de la figura del comandante-presidente Chávez y la limitación del ideal de participación a la acción misma de que éste participe, en la acepción informar del vocablo, al colectivo nacional de todo cuanto se le ocurre y en consecuencia decide, lo cual desde ese momento su persona demanda esté exento de cualquier discusión al respecto. En grado alguno es aventurado afirmar que el personalismo político campea por sus fueros en Venezuela contemporánea.

V. Conclusiones.

La constatación empírica de procesos nacionales como el descrito a lo largo de este ensayo, recomienda retomar, para su utilización como categoría de análisis válida, el planteamiento de John Lynch centrado en la calificación del personalismo político como constante histórica presente en América Latina durante los siglos XIX y XX, verificada en las manifestaciones de dicho fenómeno por él identificadas: (i)caudillismo primitivo, encarnado en personeros como Juan Manuel Rosas (Argentina; 1829-1832,

1835-1852); (ii)dictadores oligárquicos, tipo Porfirio Díaz (México; 1876, 1877-1880, 1884-1911); y (iii)dictadores populistas, representados magistralmente por Juan Domingo Perón (Argentina; 1946-1955, 1973-1974).¹⁹

Así las cosas, visto el asunto desde la anterior perspectiva global, puede inferirse que en Venezuela el fenómeno del personalismo político cruzó el umbral del siglo XXI. Empero, éste puede ser el problema menos importante a plantear. Luce más trascendente exponer la insalvable contradicción existente en el hecho de que el personalismo político como variable se extiende más allá de lo a simple vista percibido y de lo teóricamente esperado, pues, en determinadas circunstancias, indefectiblemente puede guiar (guía) o definir (define) la conducta de operadores políticos actuantes en el marco de la formal democracia liberal representativa o cualesquiera otras variantes de este sistema político implantadas o que pretendan implantarse.

Vale decir, el resabio del personalismo político se expresa con claridad en ..."el predominio de partidos políticos que no son otra cosa que agentes de un caudillo o líder"...²⁰ Y si bien es impropio hablar de caudillos una vez echado a andar el siglo XX en el caso concreto del país puerta geográfica de Suramérica, no es un error conceptual ni analítico afirmar que, en buena medida, los partidos políticos de la contemporaneidad existentes en el país han servido y continúan sirviendo como instrumentos de la voluntad del factótum al mando.

Ahora bien, el estudio del personalismo político en Venezuela contemporánea no puede desligarse del análisis de ciertas ideas y actitudes reinantes en el imaginario colectivo nacional que, dada su capacidad para moldear la opinión pública con percepciones de la realidad caracterizadas por ser de fuerte raigambre, posibilitan la concreción de dicho fenómeno como constante histórica. El tema no es harina de otro costal, pero demanda especiales elucubraciones que escapan al eje transversal del presente trabajo.

De suyo, el asunto reviste importancia medular y ciertamente remite a la interrogante en torno al grado de madurez política alcanzado por una sociedad que se repliega a la espera de supuestos salvadores, razón por la cual no ve extraño el enorme peso del personalismo en la acción política y acepta su validez como regla de juego

¹⁹ Ver: John Lynch (1993). *Caudillos en Hispanoamérica. 1800-1850*. Madrid: Editorial Mapfre.

²⁰ Lisa North (1966). *Civil-Military Relations in Argentina, Chile and Perú*. USA: Institute of International Studies, University of California. pp. 6-7.

preestablecida para la materialización del intercambio producido entre el Estado y los gobernantes por un lado y la colectividad por el otro. Es una manera verdaderamente funesta de entender el ejercicio de la ciudadanía. Me corrijo: quizás, en el país, el problema de fondo es otro, precisamente que la ciudadanía es una forma de vida nunca construida del todo; en otras palabras, un caro anhelo todavía no alcanzado.

Se comprende entonces la angustia de Arturo Uslar Pietri al decir poco antes de morir: ..."Hay una frase de un dramaturgo alemán muy buena: 'desgraciado el país que necesita de un héroe'. Y eso es verdad. Mientras estemos pensando que lo que no hemos sido capaces de hacer lo puede hacer un ser providencial, estamos condenados al fracaso político"...²¹ Como también se entiende la perplejidad de Elías Pino Iturrieta en torno a los alcances de la cultura política del venezolano conformada y sostenida a lo largo de más de siglo y medio de vida republicana:

En el fondo, de lo que hablo es de una sociedad que ha perdido su sentido de compromiso. La sociedad venezolana no es una sociedad digna de confianza cuando se entrega al dictador, cuando se echa en los brazos de la abulia, cuando se doblega ante Guzmán, cuando guarda un lugar en su memoria para un asesino como Gómez, cuando le canta himnos a Pérez Jiménez, cuando ovaciona a Chávez. Esa sociedad no es digna de confianza. Cuando confía en toda esa galería de dictadores, lo que está haciendo esa sociedad es no confiar en sí misma. Aquí se ha sembrado el discurso del país incompetente. Eso pesa, hay que ver cuánto pesa.²²

Al actuar de contrapeso a la construcción de la fortaleza institucional requerida, la marcada presencia del personalismo político se erige en elemento de suma importancia en la generación de las recurrentes crisis de gobernabilidad que con frecuencia mayor a lo simplemente deseable se suceden en buena parte de los países de América Latina, fenómeno al cual Venezuela no escapa. Esto ocurre en tanto y cuanto:

el acento en las figuras políticas con peso coyuntural o aún estructural, constituye una substancial tendencia a la concentración de poder, reforzando una vez más, el carácter presidencialista de las democracias de la región.

(...)

La gobernabilidad en nuestra región, en términos generales, no se caracteriza justamente por aplicar las propuestas de la *gobernanza*, sino (...) por sucesivas crisis políticas y por gobiernos aún en plena

²¹ Ernesto Villegas Poljak (2001, marzo 4). "Desgraciado el país que necesita un héroe [entrevista a Arturo Uslar Pietri]". *El Universal*, Caracas, p. 1-4.

²² Rubén Wisotzki (2002, julio 29). "La sociedad parasitaria se amarra al caballo del caudillo [entrevista a Elías Pino Iturrieta]". *El Nacional*, Caracas, p. C-8.

conformación de sus características democráticas, que en el mejor de los casos, mantienen cierta estabilidad gracias a un liderazgo personalista quizás más relacionado con lo carismático que con el respeto por las leyes e instituciones políticas [Itálicas de la autora].²³

Así las cosas, la posibilidad real de construir una democracia sólida, madura y validada en sí misma como sistema de gobierno moderno y modernizador por excelencia, pasa insoslayablemente por la comprensión y aceptación de que la política es un ejercicio colectivo de articulación de intereses difusos y no prerrogativa y/o responsabilidad única de hombres providenciales que conciben el ascenso al poder como la conquista de un espacio dispuesto para la proyección e imposición de su figura individual (en su mente y espíritu conceptuada como predestinada) y que entienden el ejercicio de dicho poder como instrumento para materializar su impenable voluntad, demandando, al hacerlo, perrunas adhesiones a las acciones desarrolladas.

El personalismo político es una clara expresión de megalomanía y ésta no es más que una enfermedad. En consecuencia, todo proyecto político basado en el personalismo político es un proyecto enfermo que riega su insania a lo interno de la sociedad así gobernada.

²³ Marina Malamud (2006). "El secreto de la gobernabilidad y seguridad en América Latina: el valor de las instituciones democráticas". *Security and Defense Studies Review*. Washington D.C.: Center for Hemispheric Defense Studies, volume 6, number 2. pp. 221-222, 228.